

# BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR

D. ZACARIAS METOLA, CANÓNIGO LECTORÁL.

Y acabó Dios su obra, y reposó el día séptimo. Y bendijo el día séptimo, y santificólo.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios)

DOMINICA XXI DESPUES DE PENTECOSTES

EL PERDON DE LAS INJURIAS.

No puede menos de ser divina una Religion cuyos dogmas y misterios ofrecen á los espíritus elevados idéas sublimes, á los corazones sensibles dulzuras inefables, á los hombres positivos demostraciones indestructibles. Religion que recomienda la virtud y condena el vicio, rechaza el orgullo y ensalza la humildad. No puede menos de ser amada una Religion que hace de los hombres hermanos, predicando el amor, el perdón, la misericordia, la paz y la justicia, y prometiendo un reino de gloria á la práctica de tan hermosas virtudes. No puede menos de ser Dios quien ha traído al mundo esa religion y predicado á los hombres esas virtudes con acento de un padre y con entrañas de redentor.

Hoy es una semejanza, la semejanza de un rey que viene á liquidar cuentas con sus siervos. Ha-

bia uno que debía á su Señor diez mil talentos, suma equivaiente á unos doscientos sesenta y dos millones de nuestra moneda, segun el computo mas fundado. Y como no tuviese con que pagarlos, mando el Señor que fuera vendido el siervo, su mujer, sus hijos, y cuanto tenia y que se le pagase. Nada más justo que pagar las deudas segun la medida de la posibilidad; pero el siervo no tenia con qué pagar, y arrojándose á los piés del acreedor, le rogaba, diciendo: Señor espérame, que todo te lo pagaré. Y compadecido el acreedor, le dejó libre y le perdonó la deuda. Mas luego que aquel siervo salió de la presencia de su Señor, halló á uno de sus consieruos que le debía cien denarios, unos ciento y veinte reales, y apremiándole en términos de quererle ahogar, decíale: Paga lo que me debes. Y arrojándose á sus piés su compañero, le rogaba diciendo: Ten un poco de paciencia, que todo te lo pagaré. No se compadeció este mal acreedor, no aprendió á perdonar, habiendo sido perdonado

y fué y le hizo poner en la cárcel, hasta que pagase lo que le debía. Dureza tan incalificable llamó la atención de sus consiervos, quienes entristecidos dieron cuenta á su Señor de lo que habia pasado. Llamóle su Señor y le dijo: Siervo malvado, te perdoné toda la deuda por que me lo rogaste. Por ventura ¿no debias tu tener compasion de tu compañero, como yo la tuve de ti? Y enojado le hizo entregar á los atormentadores hasta que pagase todo lo que debía y deduciendo el mismo Salvador la enseñanza que intentaba darnos en esta parábola, decía: Del mismo modo obrará con vosotros mi Padre celestial si no perdonais de corazon á vuestros hermanos. Ya lo hemos oido: no podemos esperar que Dios nos perdone si no perdonamos á nuestros hermanos. En efecto; el perdon de las injurias es necesario para salvarnos.

No hacen falta penetracion de ingenio ni esfuerzos de inteligencia para descubrir el verdadero sentido de la parábola propuesta. El mismo Salvador se digna manifestarnos que nosotros tenemos contraidas con su Padre celestial infinitas deudas, toda vez que nos ha colmado de gracias y beneficios y hemos correspondido siempre con la mayor ingratitud. Sólo nos pide que perdonemos de corazon á nuestros hermanos las pequeñas injurias que nos hicieron.

Si despues de haber oido la sublime doctrina de Jesucristo, no perdonamos á nuestros enemigos, ¿cómo podemos esperar que Dios nos perdone en el día terrible de la cuenta? ¡Terrible sentencia! exclama San Gerónimo. Ella se cumplirá

muy pronto porque la vida es breve y se acerca el día en que el Rey de los cielos y de la tierra nos llamará ante su tribunal para que le demos cuenta de toda nuestra vida. *Assimilatum est regnum cælorum homini regi qui voluit rationem pónere cum servis suis.*

Contad si podeis los pecados que habeis cometido desde los primeros albores de vuestra razon. Quizá son tantas como las estrellas del cielo las ofensas que habeis hecho á Dios y tan numerosas como las arenas del mar las ingraticudes y rebeliones con que habeis correspondido á sus bondades y larguezas. ¿Podeis reducir á guarismos las palabras y pensamientos, los deseos, afectos y móvimientos de vuestro corazon, todos los pasos, todos los proyectos, todos los actos de vuestra vida? ¿Y no sabeis que todos los pensamientos, palabras y obras constituyen una deuda sagrada y que Dios es nuestro acreedor? ¿Podeis hacer el recuento de las gracias y beneficios, de los perdones y misericordias que el Señor os ha otorgado en el transcurso de vuestra vida? Vosotros sois los siervos que debeis á Dios esa enorme suma de los diez mil talentos y no teneis con qué pagarla. *Et oblatu est ei unus qui debebat ei decem millia talenta.*

Pues bien, ¿sois vosotros acreedores de vuestros hermanos? ¿Habeis recibido injurias de vuestro prójimo? Perdonad á vuestros deudores si quereis obtener el perdon de vuestras deudas. La discordia, la guerra y la venganza de las injurias recibidas son pecados contra la naturaleza que se divide segun la filosofia en

*natura naturans, natura naturata, y natura propria.* La primera que es la naturaleza divina, la segunda que es la naturaleza física ó la creación, y la tercera que es nuestra propia naturaleza proclaman la paz, la concordia y el perdón como un deber indeclinable y como condición necesaria de salud, de vida y de ventura.

La Iglesia canta que es propio de Dios compadecerse de sus criaturas y perdonar sus ofensas. Sus caminos son la verdad y la misericordia. No desprecia el Señor un corazón contrito y humillado, antes bien lo recibe como el sacrificio más precioso y más grato que podemos ofrecerle en pago de nuestras deudas. Es propio de su naturaleza el perdón y se complace en hacer ostentación de sus grandes misericordias, dando al olvido nuestras ingratitudes, haciendo callar á su justicia que pide castigos para que solo brille su bondad infinita que otorga perdones. Mil veces le ofendemos, y siempre está dispuesto á perdonar. Solo nos pide el arrepentimiento, la súplica, los ruegos, las lágrimas para perdonarnos todas nuestras deudas como al siervo del Evangelio, para admitirnos en su amistad como á la Magdalena, para darnos un abrazo paternal como al hijo pródigo, para abrirnos el paraíso de su gloria como al buen ladrón. Pero ¡ay de nosotros sino perdonamos á nuestros deudores! Porque nuestra suerte será la del siervo ingrato, cruel, *inmisericorde*. No perdonó á su consiervo, antes le maltrató, le encarceló y arruinó, habiendo sido él tan generosamente perdonado.

Hijos de Dios, debemos parecer-nos á nuestro Padre que está en los cielos. A su imagen y semejanza hemos sido hechos y por ello llevamos corona de honor y de gloria, y ocupamos el primer lugar entre todas las obras que salieron de sus manos. Perdonando, nos asemejamos á Dios que es todo misericordia, amando á nuestros enemigos, nos hacemos una misma cosa con Dios que es la bondad por naturaleza, todo amor y todo caridad. *Deus charitas est.* ¿Cómo espera salvarse el que odia á su prójimo, y máquina su perdición? No hay perdón para el vengativo. La venganza le hace descender de la cumbre de su dignidad, y cae bajo el nivel de las bestias. Todos los seres se levantan contra el rencoroso, contra el vengativo, contra el que rompe la paz, y perturba la armonía que debe reinar entre hermanos. Yo veo que todos los elementos se unen, se conciertan, se armonizan para contribuir á su conservación para realizar los designios del creador y componer ese poema sublime con que publican y celebran la gloria de Dios. ¿Y hemos de ser nosotros los hombres, los reyes de la creación, enemigos implacables, unos de otros, detractores, murmuradores, calumniadores, perseguidores de nuestros prójimos, obradores de la injusticia y sembradores de la discordia? Preguntad á los animales y os enseñarán, á las aves del cielo y os lo contarán, á los peces del mar y serán vuestros maestros. (1) Sí; hasta las mismas fieras enseñan al hombre

(1) Job., 12.

rencoroso y vengativo, pues ellas viven unidas, y si alguna vez se irritan, deponen luego su fiereza y vuelven á vivir pacíficamente con las de su misma especie. Considerad, ¡oh vengativos! que la venganza es una violación de la ley natural, es un ultraje á la misma naturaleza. Todos los hombres son hijos del mismo padre, todos llevamos el mismo sello, pertenecemos á la misma familia, y aspiramos al mismo fin. La semejanza de naturaleza debe engendrar el amor mútuo y la concordia de voluntades. ¿Cómo, pues, ha de tenerse por hombre, es decir, por el más noble de los seres quién odia á su prójimo y desea su ruina. ¿Cómo se degrada hasta el extremo de abogar la voz de la naturaleza que prescribiera el amor y condena la venganza? ¿Hay cosa más contraria á la razón y más opuesta á los sentimientos humanitarios que el Creador ha como esculpido en el fondo de nuestra naturaleza? El hombre que cede á la ira y se levanta furioso contra su hermano para vengar una injuria, se despoja de su dignidad, abdica su régia prerogativa, arroja el cetro de su razón y se hace semejante á las fieras. He dicho mal: las fieras perdonan á las de su especie, pero los hombres se lanzan unos contra otros con un furor que espanta, con una crueldad de que no hay ejemplo entre las mismas fieras.

Pero hay otros motivos más poderosos para inclinarnos al perdón de las injurias, y son las enseñanzas de la fé y el ejemplo de Jesucristo, maestro divino y ejemplar perfectísimo de los cristianos. No digas, volveré mal por mal, no lo digas,

sino aguarda al Señor y Él te juzgará. (1) No digas: como mi prójimo hizo conmigo, así haré yo con él. (2) No volvais mal por mal, ni maldición por maldición; sino por el contrario debeis bendeciros, pues habeis sido llamados á poseer en herencia la bendición. (3) Ved de no volver mal por mal, dice San Pablo, sino practicad lo que es bueno mutuamente y para con todos. (4) No se ponga el sol dejándoos con ira. *Sol non occidat super iracundiam vestram.* Perdonad y sereis perdonados. No juzgueis á vuestro hermano, dejad á Dios la venganza y Él la tomará completísima. *Mihi vindicta, ego retribuam.* No habrá perdón en el cielo para el que no quiso perdonar en la tierra. No habrá más que juicio sin misericordia para aquel que juzgó á su prójimo sin misericordia. *Judicium sine misericordia illi qui non fecit misericordiam.* (5) ¿Cómo he de perdonar yo dirá alguno, á un enemigo tan implacable, que sólo busca mi ruina y no se cansa de hacerme daño? ¿Cómo he de amar al que me aborrece y hacer bien al que me hace daño? ¿Cómo? Imitando á David cuyas glorias, que fueron muchas, se oscuren ante el heroísmo de no vengar las injurias de Saul cuando tantas veces pudo quitarle la vida; imitando á José, hijo de Jacob que en vez de tomar venganza de sus desapiadados hermanos, los abrazó con la mayor ternura y los colmó despues de merce-

(1) Prov., 22.

(2) Ibidem. 24.

(3) 1.ª Pet., 3.

(4) 1.ª ad Thesa., 5.

(5) Jac., 2, 13.

des y beneficios, imitando á San Estéban que pedía por sus verdugos, imitando á los Santos que volvían bien por mal y pagaban las injurias con bendiciones. ¿Diréis todavía que no perdonareis, que no podeis amar á vuestros enemigos? corazon tenéis, os diré con San Agustin, luego podeis amar. Dios no manda cosas imposibles. El amor propio se resiste, el corazon se subleva, el orgullo se rebela contra el perdon y pide venganza. ¿Cómo podremos ahogar los gritos del amor propio, las rebeliones del corazon y las protestas del orgullo? Ciertó es que no bastan las fuerzas naturales para vencer tamañas dificultades, pero Dios es fiel y justo, y no faltará á sus promesas. Con su ayuda todo lo podemos.

No os dejeis, hermanos míos, vencer por el mal sino vencer el mal con el bien. *Noli vinci á malo, sed vince in bono malum.* No os dejeis dominar por la ira, por la envidia, por el ódio y los rencores, y ahogad en vuestro corazon todo deseo de venganza porque os privais de las dulzuras de la paz, ofendeis á Dios y perdeis vuestra alma. *Iræ,.... rixæ..... quia qui talia agunt regnum Dei non consequentur.* Con la vara que midamos, seremos medidos. Sino perdonais, si atacais á vuestro enemigo, si le maltratais con palabras, con obras de venganza, con injustas vejaciones, provocais la justicia de Dios y os condenará con sentencia irrevocable á pagar vuestras deudas como siervos sin entrañas en la cárcel tenebrosa del infierno. No desoigais el grito de la naturaleza, la voz de la razon, las prescripciones de la fé, y los ejemplos

de los santos. Y para terminar este discurso, os invito á meditar con recogimiento el ejemplo del Hijo de Dios, pendiente de la Cruz. El cielo de Jerusalem está enlutado. La tierra tiembla, las piedras se hacen pedazos. En la cumbre del Calvario se eleva un patíbulo y en él se extiende descoyuntado y cubierto de sangre el cuerpo de un hombre cuyo crimen ha sido predicar una doctrina sublime, obrar prodigios estupendos, consolar á los que lloran, fortalecer á los que padecen, y llamar bienaventurados á los humildes y limpios de corazon. La víctima es insultada en su agonía, los verdugos le dan á beber hiel y vinagre, y las turbas le dicen en son de burla que hiciera el milagro de arrancarse de su suplicio, y desplegando sus divinos lábios habló esta palabra á cuyo eco deben morir en el corazon humano todos los ódios y rencores: «Padre mio, perdona á mis verdugos porque no saben lo que hacen.

Llevad grabadas en vuestra alma estas palabras de Jesucristo, no aparteis los ojos de la Cruz, y os sentireis con fuerzas para cumplir el sublime y dulcísimo deber de perdonar las injurias, condicion necesaria para lograr el perdon de Dios y su gloria eterna, Amen.

## ORO O MISERIA.

En un pueblo de Aragon vivia un matrimonio al que Dios habia concedido un solo hijo, hermoso y robusto, á quien amaban con entrañable ternura.

Abundantes cosechas, con que el Señor les favoreció muchos años seguidos, llenaron sus trojes y sus graneros de modo que eran citados como los propietarios más ricos de aquellos contornos.

Compraron un colmenar, y los pequeños é industriosos insectos les pagaron con usura los cuidados y afanes que les prodigaban, en riquísimos y dorados panales de que sacaban dulce miel y esquisita cera, que vendían á subido precio.

También adquirieron ganado, que aumentaron en poco tiempo, de modo que todos sus negocios prosperaban, cual si sobre ellos bajase la bendición del cielo.

Y, la bendición de Dios descendía, en efecto, porque los propietarios de que nos ocupamos eran compasivos y dadivosos, y estaban siempre prontos á partir con sus hermanos, los pobres, todos los dones de que los colmaba la Providencia.

En el tiempo de la siembra presentaban trigo á los labradores poco acomodados, que despues volvían en igual cantidad, sin que les exigiesen interés alguno, y si la cosecha no era abundante, perdonaban á sus deudores generosamente. Las mejores aves de su gallinero iban á las casas de los enfermos pobres, á quienes el médico recetaba sustancioso caldo, y el vino generoso de sus bodegas pasaba á dar fuerza á los ancianos y convalecientes.

Nadie llamaba en vano á sus puertas, ni ningún desgraciado volvía con las manos vacías.

Comunmente era el pequeño Rodolfo el encargado de llevar los regalos, si bien no se encontraba muy

dispuesto á repartir á los demás las riquezas de sus padres. Estos, cuando el niño hacía alguna objeccion, diciendo que era lástima llevar aquella gallina para matarla, que él que había pedido dos talegas de trigo tendría bastante con una, y otras semejantes, lo atribuían á ligereza ó falta de reflexion, propias de sus pocos años; pues su entrañable y ciego cariño paternal no les dejaba comprender que en su alma inocente empezaba á insinuarse el sórdido y detestable vicio de la «avaricia,» á pesar del constante ejemplo de «liberalidad» que tenía ante sus ojos.

La avaricia es, en efecto, uno de los pecados capitales, origen de otros muchos, que consiste en un immoderado deseo de riquezas temporales. El que abriga este vicio, ó mejor dicho, el que está poseído de él, endurece su corazón como los metales que codicia, y ni desea otros goces más puros y elevados que la posesion del oro, ni se compadece de las desgracias ajenas, llegando su ceguedad á tal extremo, que se sacrifica, privándose á veces hasta de lo necesario para no desmembrar su capital.

Por el contrario, la liberalidad ó largueza consiste en repartir á los demás nuestras propias riquezas, virtud que, manteniéndose en sus justos límites, para no caer en el extremo de la prodigalidad, hermosea el corazón, convirtiendo al hombre ó al niño en la imagen de la Providencia, que reparte sus dones y socorre las necesidades.

Rodoifo era, pues, tan avaro como generosos los autores de sus días, y solía decir con frecuencia que

cuando él mandára no daría tanto; así fué que muertos sus cariñosos padres, y quedando el dueño de una regular fortuna, cerró su bolsa y sus arcas á los vecinos pobres, y sus oídos á los clamores y quejas de los necesitados.

Pronto corrió la voz por el pueblo de que el heredero de la fortuna no lo había sido de la caridad de sus padres, y se convirtieron en murmuraciones las alabanzas que un día se prodigaban á los autores de su existencia.

Para que no llegasen á sus oídos las quejas de los descontentos y librarse de los que aún confiaban moverle á compasión, vendió las tierras, la casa, el colmenar y el ganado, y se trasladó á una gran ciudad, donde instalándose en una pequeña y triste vivienda: se dedicó á prestar dinero sobre alhajas para aumentar su capital.

No se casó para no crear nuevos gastos y tomó una criada anciana, tan avara como él, viviendo solo con ella sin parientes ni amigos.

En el ángulo más recóndito de su habitación colocó un arca de guardar dinero, cuyo secreto él solo entendía, y todas las noches contaba con delicia las brillantes y sonadoras monedas de oro.

En medio de su opulencia cayó gravemente enfermo, y la sirvienta le asistió lo mejor que pudo, con el poco dinero que tenía en los bolsillos cuando se metió en cama. Concluido este recurso, y habiendo empeorado el paciente sin consentir que se llamase al médico, la criada llevó á empeñar los vestidos de su amo y algunos muebles, y cuando no tuvo

con qué comprar alimento para él ni para sí propia, presentándose además el casero á cobrar el alquiler de la habitación, amenazó al enfermo con marcharse si no le daba algún dinero.

El la dijo que no podía sacarlo y que no quería entregar á nadie la llave de lo *poco* que tenía; la otra, avara y egoísta como su dueño, salió de la alcoba y se fué, encargando á un vecino que si no volvía subiera á ver el enfermo.

No se atrevía Rodolfo á creer que la criada hubiese llevado á efecto su amenaza, y así al poco rato la llamó con voz débil y congajosa. No obteniendo respuesta, y viendo que las horas pasaban sin que volviese, empezó á lanzar gemidos plañideros, que tampoco lograron éxito alguno: llegó la noche, y la oscuridad aumentó su angustia; no tenía hambre, pero sí debilidad extrema, é impulsado por ella se levantó y llegó hasta la cocina, apoyándose en las paredes: el fuego estaba apagado, no había caldo ni siquiera un bocado de pan; las fuerzas le faltaron y cayó sin sentido. Al cabo de poco rato la fiebre aumentó y sobrevino el delirio. El infeliz Rodolfo fué casi arrastrado á su cama, tomó la llave del arca que guardaba debajo de la almohada, y se trasladó como pudo al sitio en que guardaba su tesoro.

Abrió el arca temblando de emoción, metió las manos en los cajoncillos y las undió gritando desafortunadamente: Que me traigan que comer, que me sirvan una buena cena, soy rico, muy rico y tengo mucha hambre, os daré oro, muchísimo oro...»

A la mañana siguiente los vecinos, alarmados por la larga ausencia de la criada, descerrajaron la puerta y lo encontraron tendido junto al arca abierta, sin dar señales de vida, y teniendo en sus crispadas manos dos puñados de moneda de oro.

Se llamó un médico y después un sacerdote. Los cuidados del primero le restituyeron la salud; las reflexiones del segundo (á quien confesó sus faltas), juntamente con su reciente experiencia, le convencieron de que mientras sus padres, repartiendo sus bienes, adquirirían la mejor y más sólida riqueza. él con su sórdida avaricia era mas infeliz que el último mendigo.

Desde entonces hizo mejor uso de su caudal, y se dedicó á granjear con él la misericordia de Dios y el cariño y las bendiciones de sus hermanos.

*(Revista de Santa Teresa.)*

### UN BUEN EJEMPLO.

Monseñor Mermillod, antes de su doloroso destierro, tenía la costumbre de ir todas las tardes á hacer su última visita á la iglesia de Nuestra Señora, en Ginebra, para examinar la lámpara del Santísimo Sacramento, ver si las puertas estaban bien cerradas y si álguien se ocultaba en algun rincón, porque siempre temía ocurriese algun sacrilegio.

Después de esto, venía al pié del altar hacía larga genuflexion y besaba la tierra al retirarse como acto de la más profunda veneracion.

Una tarde en que se creía solo, se levantaba después de sus oraciones, cuando sintió un ruido, se abrió un

confesionario, y salió de él una señora, una gran señora.

—¿Qué haceis aquí á esta hora, señora?

—Soy protestante, como sabeis; he seguido vuestra Cuaresma, y he escuchado las intrucciones que habeis hecho sobre la presencia real. Estaba convencida por vuestros argumentos: sólo una duda me asaltaba; perdonadme os la manifieste: ¿cree personalmente en lo que dice? Y he venido; he querido ver con mis ojos si en secreto os conduciais, respecto de la Eucaristía, como quien cree en ella, decidida á convertirme si veía vuestra conducta conforme con vuestras enseñanzas. He venido, he visto y creo. ¡Confesadme!

Hoy, ésta señora es una de las católicas más fervientes de Ginebra.

Una simple genuflexion debía perder ó salvar una alma: admirad su eficacia. Pensad vosotros tambien en la virtud que tiene vuestro ejemplo.

### Variedades.

En la sesion que celebró la Sagrada Congregacion de Ritos el dia 26 de Agosto último, se examinaron las virtudes del venerable siervo de Dios Nuncio Sulpicio. Era éste hijo de un zapatero y de una hilandera, y nació el 13 de Abril de 1817 en Pescosausonnesco, provincia de Terasamo (Nápoles,) y murió en 1836.

Su causa de beatificacion se abrió, al mismo tiempo que la de la reina de Nápoles, en 1857. ¡Admirable espíritu el de la Iglesia, que, apreciando á los hombres por sus virtudes, coloca á la par una Reina y un hijo de un zapatero!